

ARTÍCULO

El origen del Trabajo Social en América Latina: el caso de Chile y su elección entre la influencia europea y el modelo estadounidense (hasta 1925)

The Origin of Social Work in Latin America: The Case of Chile and its Choice between European Influence and the U.S. Model (to 1925)

Estefanía C. Palacios-Pizarro¹

Boston College, Estados Unidos

26

Recibido: 31/05/2025

Aceptado: 25/09/2025

Cómo citar

Palacios-Pizarro, E. (2025). El origen del Trabajo Social en América Latina: el caso de Chile y su elección entre la influencia europea y el modelo estadounidense (hasta 1925). *Propuestas Críticas en Trabajo Social-Critical Proposals in Social Work*, 5 (10), 26-44.

<https://doi.org/10.5354/2735-6620.2025.79148>

Resumen

El presente artículo analiza histórica y comparativamente los modelos fundacionales del Trabajo Social en Chile y Estados Unidos hasta 1925, año clave por la creación de la primera escuela latinoamericana de esta disciplina, en Santiago, frente a la ya diversificada red formativa estadounidense. El problema conceptual central plantea los factores sociopolíticos, culturales e institucionales que explican por qué Chile privilegió una influencia europea (el modelo belga-sanitario de René Sand) sobre los modelos estadounidenses –Charity Organization

Palabras clave:

Trabajo Social;
historia del
Trabajo Social;
modelos
profesionales;
Chile-Estados
Unidos;
colonialidad del
saber

¹ Estefanía C. Palacios-Pizarro, Chile. E-mail: pizarroe@bc.edu

Societies (COS) y Settlement Houses—, pese a la relevancia de estos últimos. Adicionalmente, se exploran las causas de la institucionalización asincrónica y del diferente desarrollo disciplinar del Trabajo Social entre ambas regiones para esa fecha, considerando contextos sociales con problemáticas críticas equiparables.

La tesis fundamental descansa en la premisa de que la elección chilena respondió a una compleja constelación de factores contextuales, ideológicos y estratégicos. El desarrollo argumentativo da cuenta de la profesionalización en Estados Unidos, detallando sus vertientes COS, enfocada en el *casework*, y *settlements*, orientada a la reforma comunitaria; analiza el modelo chileno inaugural marcado por su orientación técnico-sanitaria; y explora los factores determinantes para la opción chilena, como el proyecto higienista estatal, la influencia de élites europeizadas y la colonialidad del saber que priorizó el conocimiento europeo.

Se concluye que estas elecciones fundacionales divergentes generaron trayectorias profesionales profundamente diferenciadas: una plural y vinculada a la reforma social en Estados Unidos, versus otra técnica, estatalizada y orientada al control social en Chile. Estas diferencias tuvieron implicancias duraderas en la identidad profesional, la autonomía disciplinar y el potencial emancipador del Trabajo Social latinoamericano, legados y tensiones que continúan siendo objeto de debate crítico y reflexión en la disciplina regional.

Abstract

This article aims to provide a critical historical-comparative analysis of the foundational models of social work in Chile and the United States (US) up to 1925. This key year marks the creation of the first Latin American school of the discipline in Santiago, contrasting with the already diversified training network in the U.S. The central conceptual problem investigates the sociopolitical, cultural, and institutional factors explaining why Chile favored a European influence (the Belgian health-oriented model of René Sand) over the consolidated US models—Charity Organization Societies (COS) and Settlement Houses—despite the latter's relevance. Additionally, it explores the causes for the asynchronous institutionalization and differing disciplinary development of social work between both regions by that date, considering contexts with comparable critical social issues.

Keywords:

social work; history of social work; professional models; Chile–United States; coloniality of knowledge

The fundamental thesis posits that the Chilean choice responded to a complex constellation of contextual, ideological, and strategic factors. The argumentative development reconstructs U.S. professionalization (detailing its COS branch, focused on casework, and Settlements, oriented toward community reform); analyzes the inaugural Chilean model marked by its technical-sanitary orientation; and explores the determining factors for Chile's option, such as the state hygienist project, the influence of Europeanized elites, and the coloniality of knowledge that prioritized European knowledge.

It is concluded that these divergent foundational choices generated profoundly differentiated professional trajectories: a pluralistic one linked to social reform in the United States, versus a technical, state-led one oriented towards social control in Chile. These differences had lasting implications for the professional identity, disciplinary autonomy, and emancipatory potential of Latin American social work—legacies and tensions that continue to be subjects of critical debate and reflection within the regional discipline.

Introducción

La historia del Trabajo Social como profesión se caracteriza por una notable diversidad de orígenes, influencias y trayectorias que varían según los contextos nacionales. En América Latina, y particularmente en Chile, la fundación en 1925 de la primera Escuela de Servicio Social en Santiago marcó el inicio de la institucionalización profesional en la región y reflejó una temprana influencia de modelos europeos, especialmente el belga (Salamé y Quiroz, 2015). Para ese mismo año, Estados Unidos ya había consolidado una amplia red de escuelas de formación profesional en Trabajo Social, surgidas desde finales del siglo XIX y caracterizadas por la diversidad de enfoques y tradiciones (Reisch y Andrews, 2002).

Frente a esta divergencia temprana y significativa, este trabajo se propone responder a las siguientes preguntas centrales: ¿Cuáles fueron los factores sociopolíticos, culturales e institucionales que determinaron la orientación de Chile hacia modelos europeos, específicamente el belga, en detrimento de los avances y la pluralidad de enfoques ya presentes en Estados Unidos durante la fundación de la primera Escuela de Trabajo Social en Latinoamérica en 1925? Y, complementariamente, ¿qué elementos contextuales –económicos, políticos, sociales y académicos– explican la marcada diferencia en el grado de institucionalización y desarrollo del Trabajo Social como disciplina profesional y académica entre Estados Unidos y Chile hacia ese mismo año, evidenciada por la existencia de múltiples escuelas consolidadas en Norteamérica, frente a la incipiente y única fundación en el contexto chileno y latinoamericano?



En consecuencia, y con el fin de dilucidar estas interrogantes, este artículo tiene como objetivo comparar estos dos procesos fundacionales. Para ello, se ponen en diálogo los caminos divergentes que tomaron ambas experiencias en cuanto a sus fuentes de legitimación, los modelos pedagógicos adoptados y los enfoques de intervención priorizados, analizando cómo estas elecciones tempranas marcaron trayectorias diferenciadas en la profesionalización del Trabajo Social en ambos contextos.

El nacimiento plural del Trabajo Social estadounidense

El nacimiento del Trabajo Social estadounidense fue más diverso de lo que las historias tradicionales reconocen. Paralelamente a las COS y a los Settlement Houses, y a menudo en respuesta a la exclusión racial de estas, emergió una robusta tradición de bienestar social afroamericana. Como argumenta la historiadora Iris Carlton-LaNey (1994), la contribución de esta vertiente ha sido históricamente invisibilizada y no debe ser vista como secundaria, sino como un gran movimiento con una filosofía propia, basada en la ayuda mutua y la resistencia colectiva en lugar de la patologización de la pobreza.

Organizaciones como la National Urban League (NUL), fundada en 1910 para ayudar a las personas migrantes afroamericanas de la Gran Migración a encontrar trabajo, vivienda y a adaptarse a la vida en las ciudades del norte, funcionaron como agencias de bienestar social con un impacto comparable al de las instituciones de la corriente principal. Asimismo, el activismo de figuras pioneras como Ida B. Wells-Barnett (1862-1931) contra la injusticia sistémica representa una forma de Trabajo Social a nivel macro que integraba la lucha por los derechos civiles como un componente inseparable de la asistencia social (Carlton-LaNey, 1994).

Todas estas vertientes pioneras comenzaron a consolidarse como campo profesional a finales del siglo XIX en Estados Unidos, en un proceso profundamente imbricado con las transformaciones estructurales del capitalismo industrial, el crecimiento urbano acelerado y la llegada masiva de migrantes europeos, especialmente entre 1880 y 1920 (Carlton-LaNey, 2013). Entre 1860 y 1920, la población urbana de Estados Unidos creció casi nueve veces, pasando de cinco millones a cuarenta y cinco millones de habitantes. Nueva York, que tenía 515.547 residentes en 1850, alcanzó 5.620.048 en 1920, y Chicago llegó a 2.701.705 ese mismo año (Gibson, 1998). La inmigración masiva potenció este crecimiento: de noventa y dos millones de habitantes en 1914, veintiún millones eran inmigrantes llegados desde 1880, y, en las doce mayores ciudades, el 60% de la población y de la fuerza laboral industrial era de primera o segunda generación migrante (Jansson, 2019). Esta escala demográfica y la concentración de problemas urbanos –hacinamiento, trabajo infantil, epidemias de cólera y ausentismo escolar– crearon una



demanda sostenida de instituciones formativas y de personal especializado, generando el escenario ideal para el reformismo progresista que impulsó leyes de vivienda y trabajo infantil (Jansson 2019, pp. 159, 188).

Fue en este fértil contexto donde emergieron dos corrientes formativas fundamentales para el Trabajo Social mencionadas más arriba: las COS y el movimiento Settlement House (Addams, 1910). Las primeras, fundadas en Inglaterra a mediados del siglo XIX y adoptadas luego en grandes urbes como Nueva York y Baltimore, promovían un modelo de *casework* individual inspirado en el ideal victoriano de «*self-help*». Su práctica enfatizaba la disciplina moral, la investigación social sistemática y la eficiencia administrativa (Richmond, 1917; Reisch y Andrews, 2002). Mary Richmond, una de sus principales exponentes, publicó en 1917 su influyente obra *Social Diagnosis*, donde sentó las bases para la metodología del diagnóstico social como eje del trabajo profesional con personas y pilar para el Trabajo Social clínico (Richmond, 1917).

Los informes institucionales de las COS, además, muestran que su alcance fue más amplio, revelando una orientación hacia la transformación estructural de las condiciones de vida. Ejemplos emblemáticos son el Tenement House Committee, creado en 1898, cuyo trabajo sistemático en investigación y presión legislativa condujo directamente a la aprobación de la Ley de Viviendas de 1901 en Nueva York, un hito en la mejora de las condiciones habitacionales. Del mismo modo, el Committee on the Prevention of Tuberculosis, fundado en 1902, concibió la enfermedad como un fenómeno social, integrando prevención, educación y cuidado. En el ámbito económico se destaca la creación de la Provident Loan Society, entidad para combatir la usura ofreciendo préstamos justos. Tras veinticinco años, la organización reafirmó su política de poner énfasis en «eliminar o minimizar las causas de la pobreza», consolidando su rol como un actor clave en los movimientos críticos de la época (Brandt, 1907).

Por otro lado, el movimiento *settlement* –con figuras como Jane Addams y su Hull House en Chicago– introdujo un paradigma alternativo centrado en la comunidad, la vida compartida y la justicia social (Addams, 1910). En lugar de estudiar la pobreza desde afuera, las trabajadoras sociales vivían en los mismos barrios populares facilitando la organización vecinal, la alfabetización, la educación cívica y la denuncia de condiciones laborales abusivas. Este enfoque incorporó progresivamente una mirada feminista, pacifista y antirracista, adelantada para su tiempo (Wright et al., 2021).

La consolidación del Trabajo Social como profesión en Estados Unidos se apoyó en varias dinámicas. Por una parte, la incorporación masiva de mujeres de clase media con formación universitaria (Reisch y Andrews, 2002) y una lógica profesionalizante, articulada por



líderes de la Charity Organization Society como Mary Richmond, que buscaba distinguir el Trabajo Social de la caridad *amateur* y del asistencialismo eclesiástico (Richmond, 1917; Reisch Andrews, 2002). Por otra parte, fue fundamental el financiamiento filantrópico de la Russell Sage Foundation –principal mecenas disciplinar que cubrió salarios, becas y centros de investigación en instituciones como Chicago, Columbia y Simmons College–, mientras fundaciones como Carnegie y Rockefeller complementaron estos apoyos con becas de posgrado y estudios sobre pobreza (Poppo, 2018).

En términos institucionales un paso decisivo en la consolidación de una red formativa fue la autoorganización temprana de las propias escuelas. En 1919 las instituciones existentes fundaron la Association for the Training of Social and Public Service Social Workers (ATSPSSW), cuyo propósito era elevar la calidad de la enseñanza, definir estándares curriculares nacionales y distinguir la educación profesional de los programas internos de agencias. En 1927 la entidad adoptó el nombre de American Association of Schools of Social Work (AASSW), y estableció el título de posgrado como requisito mínimo para sus programas miembro, reforzando la profesionalización y los procesos de acreditación de las escuelas (Poppo, 2018).

Las escuelas de Trabajo Social estaban afiliadas a universidades como Columbia, Simmons College, University of Chicago, Western Reserve y la Universidad Católica de América (Reisch y Andrews, 2002). Su modelo pedagógico combinaba teoría, investigación social, formación ética y práctica supervisada, articulándose con agencias de caridad, hospitales, juzgados de menores y departamentos de salud pública (Salamé y Quiroz, 2015). Esta evolución estuvo marcada por el debate continuo entre enfoques técnicos –influenciados por el positivismo y la medicina social– y perspectivas políticas o emancipadoras vinculadas a los movimientos sociales (Richmond, 1917; Wright et al., 2021).

La elección de Chile por el modelo europeo: contexto, ideología y estrategia

La elección del modelo belga por parte del Estado chileno no fue un hecho fortuito ni meramente técnico, sino el resultado de factores estructurales, ideológicos y geopolíticos propios del primer tercio del siglo XX (Salamé y Quiroz, 2015; González Moya, 2017). Comprender esta opción requiere situarla en un entramado de relaciones de poder, circulación de saberes y estrategias de gobierno de lo social que caracterizaron al período de entreguerras (Pereyra, 2008; Salamé y Quiroz, 2015), para lo que se identifican cinco aspectos relevantes.

Primero, en la década de 1920, la diplomacia cultural de Europa desplegó una estrategia de «*soft power*» que, según Nye (1990), es el uso de la atracción cultural y académica para influir sin coerción, centrada en la creación de espacios científicos de alto perfil: por ejemplo, el Institut Franco-Brésilien de Haute Culture ofrecía becas y cursos avanzados en París para profesionales latinoamericanos, mientras que las conferencias médicas binacionales reunían a epidemiólogos, higienistas y autoridades sanitarias para compartir protocolos de salud pública. Al atraer a las élites profesionales mediante el prestigio de sus programas y la calidad percibida de sus métodos, no solo se difundían modelos de organización sanitaria y de investigación, sino que se construían redes de colaboración, consolidando la posición del Viejo Continente como referente científico-educativo en América Latina (Romero Sá y Viana, 2010).

Así, mientras Europa desplegaba una influyente diplomacia cultural, la proyección de Estados Unidos en la región era comparativamente débil y tardía. Apenas se institucionalizó a nivel interamericano con la Good Neighbor Policy, y su primera agencia formal en ese ámbito, el Office of the Coordinator of Inter-American Affairs, fue creada recién en 1940 (U.S. Department of State, Office of the Historian, s.f.). Este vacío de influencia norteamericana dejó el camino libre para que la élite chilena, profundamente eurocéntrica, mirara exclusivamente al Viejo Continente como fuente de conocimiento legítimo.

Esta marcada orientación eurocéntrica fue una expresión de un fenómeno más profundo: la «colonialidad del poder», como argumenta Aníbal Quijano (2014), concepto que describe cómo, tras el fin del colonialismo formal, persistió una estructura de dominación basada en una jerarquía racial y epistémica que posicionó al conocimiento europeo como el único válido y superior. Esta colonialidad epistemológica no solo reprimió saberes locales, sino que generó las condiciones para un imperialismo profesional, definido por Gianinna Muñoz Arce (2015) como la transferencia y adopción acrítica de modelos profesionales de los países «del Norte» en los «del Sur».

La elección del modelo belga, por tanto, no solo respondió a una preferencia cultural, sino que fue una manifestación de cómo esta lógica colonial operaba: se asumió la superioridad del saber europeo (colonialidad epistemológica) y, en consecuencia, se importó su «manual de instrucciones» profesional (imperialismo profesional). Áreas como la pedagogía y las ciencias médicas se estructuraban según manuales y tratados franceses (y algunos belgas), presentes en los catálogos del Instituto (Conejeros Maldonado, 1999), mientras la experiencia norteamericana y los saberes locales se consideraban menores o imitativos (Muñoz Arce, 2015). Este patrón eurocéntrico no fue exclusivo de Chile. En Argentina, la primera Escuela de Servicio Social –inaugurada en Buenos Aires en 1930–

reflejó la fuerte impronta del modelo francés en su génesis disciplinar (Esquivel, 2013). Brasil inauguró en 1936 su primera Escola de Serviço Social en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo, inspirada en la tradición franco-belga y con fuerte impronta católica (Cabral, 2017).

Segundo, durante las primeras décadas del siglo XX, Chile vivió una intensa agitación político-económica y social que tensionó profundamente el país. La bonanza salitrera generó cuantiosos réditos, pero gran parte de esos recursos se repatriaron o quedaron concentrados en el poder central, sin traducirse en mejoras sustantivas en la infraestructura sanitaria local (Bastías Saavedra, 2015). A la par, el éxodo masivo del campo a las ciudades, potenciado por la industrialización y la expansión minera, colapsó los sistemas de saneamiento: el hacinamiento en conventillos y barrios precarios facilitó brotes de fiebre amarilla, disentería y tuberculosis, elevando las tasas de mortalidad infantil y provocando protestas obreras en Santiago, Valparaíso y Antofagasta (Parada-Ulloa et al., 2020). La crisis del parlamentarismo de 1923, que culminó con el retorno de Arturo Alessandri a la presidencia, impulsó un Estado más intervencionista en salud pública, creando nuevos departamentos de salubridad y fortaleciendo la Junta de Beneficencia para atender la creciente demanda de servicios (González Moya, 2017; Pereyra, 2008).

Este contexto hizo que existiera la necesidad de modernizar la asistencia sanitaria; este giro combinó eurocentrismo epistémico y un proyecto higienista estatal, donde el Trabajo Social se incorporó como brazo pedagógico y moralizador de estas políticas, mediando entre las autoridades sanitarias y las poblaciones intervenidas (González Moya, 2017). Esta función disciplinaria concordaba con una visión conservadora del orden social y del rol estatal en la vida cotidiana (Salamé y Quiroz, 2015).

En ese marco, y como tercer punto a destacar, Chile carecía de fundaciones privadas capaces de sostener escuelas universitarias para asistentes sociales, a diferencia del escenario estadounidense de filantropías laicas, como Russell Sage y Carnegie, que impulsaron la proliferación de escuelas de Trabajo Social (Poppo, 2018). El financiamiento recaía en la Junta de Beneficencia –cuya partida total, para 1925, apenas cubría gastos hospitalarios– y en modestas subvenciones estatales (Salamé y Quiroz, 2015; González Moya, 2017). Además, antes de la Reforma Universitaria de 1931, el sistema chileno de educación superior estaba dominado por unas pocas universidades estatales, con fuerte énfasis en profesiones tradicionales y escasa autonomía para abrir nuevas carreras y crear nuevos programas (Biblioteca Nacional de Chile, s.f.).

Cuarto, no debe subestimarse el peso de la Iglesia Católica en la configuración del campo del Trabajo Social en Chile. A diferencia de Estados Unidos, donde la profesión emergió



en tensión con las organizaciones religiosas, en Chile la Iglesia fue tanto promotora como vigilante de las primeras iniciativas de asistencia social moderna (Salamé y Quiroz, 2015; González Moya, 2017). La orientación moralizante del modelo belga –que concebía la pobreza como problemática médica y educativa– armonizaba con la doctrina social católica, facilitando alianzas entre el Estado y actores religiosos en la implementación de estas políticas higienistas (González Moya, 2017; Parada-Ulloa et al., 2020).

Quinto, el modelo belga ofrecía una solución institucional operativa y replicable: formar auxiliares sociales en escuelas anexas a hospitales o servicios de salud, con un currículo intensivo y jerarquizado (Salamé y Quiroz, 2015). En ese momento, el Estado chileno vivía un proceso de expansión de sus competencias sanitarias y asistenciales –la creación de departamentos de salubridad, el envío de inspectores a los «focos de insalubridad» y la ampliación de programas de prevención pública–, pero aún carecía de la infraestructura universitaria y de cuerpos profesionales permanentes para formar trabajadoras sociales a nivel de grado (Salamé y Quiroz, 2015). Por ello, el programa era conciso, normativo y supervisado, y permitía llevar rápidamente las políticas higienistas hasta el domicilio de los sectores en necesidad mientras que, a la vez, permitía un mayor control ideológico sobre las profesionales en formación, alineándolas con los valores del régimen político y los mandatos morales de género, clase social y nación (González Moya, 2017).

Al no concebirse como un «campo de lucha política», el Trabajo Social chileno en sus inicios tuvo un margen más estrecho para cuestionar las estructuras de poder que generaban los problemas que atendía, enfocándose en la adaptación del individuo al sistema más que en la transformación del sistema mismo. Como resultado directo de esta configuración, se obstaculizó su articulación con movimientos sociales, sindicales y feministas, reforzándose una práctica centrada en la asistencia focalizada (Muñoz Arce, 2015; González Moya, 2017).

En contraste, en Estados Unidos coexistieron, junto al enfoque de *casework*, corrientes reformistas y comunitarias –como las ya mencionada Settlement Houses y las Mutual Aid Societies–, así como expresiones más radicales (por ejemplo, Florence Kelley y el movimiento Rank-and-File), que exploraron vínculos tempranos con las luchas obreras, vecinales y de derechos raciales en contextos urbanos y multiculturales (Carlton-LaNey, 2013). Estas corrientes encontraron expresión en el trabajo de figuras como Jane Addams, quien, desde Hull House en Chicago, impulsó una praxis social comprometida con los derechos laborales, la equidad de género y la justicia racial, mucho antes de que estos temas fueran abordados institucionalmente. Asimismo, organizaciones como la National Urban League y la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP) establecieron vínculos con trabajadoras sociales afroamericanas que desafiaban las prácticas discriminatorias del sistema de asistencia (Wright et al., 2021).

En suma, la adopción del modelo belga respondió a una convergencia de factores contextuales, políticos, económicos y culturales. No fue una mera transferencia de saberes, sino una operación estratégica mediante la cual el Estado chileno procuró modernizar su aparato asistencial sin alterar el orden social vigente (Salamé y Quiroz, 2015; Pereyra, 2008). Esta elección de un modelo técnico y subordinado tuvo consecuencias duraderas en la identidad disciplinar y el potencial emancipador del Trabajo Social chileno. La identidad profesional forjada en la «obediencia institucional» y la función pedagógico-moral no solo reflejaba subordinación al poder médico y estatal, sino que activamente dificultaba el desarrollo de una conciencia crítica sobre las propias implicaciones de la profesión en la reproducción de las desigualdades (González Moya, 2017).

El modelo belga y la fundación del Trabajo Social en Chile

El Trabajo Social en Bélgica entre 1920 y 1922 era un campo en plena ebullición marcado por la fragmentación ideológica. En ese periodo se fundaron al menos cinco escuelas con orígenes diversos: la Escuela Central de Servicio Social, impulsada por el Estado con un enfoque técnico; la Escuela Social Católica Femenina; la Escuela de Servicio Social de Amberes, de inspiración liberal; la Escuela Superior Obrera de Uccle-Bruselas, promovida por el Partido Obrero Belga (POB) como espacio de formación política y sindical, y la Escuela Superior Central para Obreros Cristianos de Heverlee-Lovaina, ligada a la Democracia Cristiana. Esta rápida diversificación expresaba los pilares de la sociedad belga de posguerra, donde la orientación católica fue mayoritaria, llegando a formar al 52% de las y los profesionales de la época (Zélis, 2004).

Frente a este diverso panorama, la misión chilena encabezada por el Dr. Alejandro del Río optó por la vertiente estatal y técnico-sanitaria, decidiendo importar el modelo de la École Centrale de Service Social de Bruselas. Esta decisión se materializó el 4 de mayo de 1925 con la fundación de la Escuela de Servicio Social de la Beneficencia Pública, impulsada por el mismo del Río. El enfoque de su director, René Sand, proponía una visión integral del bienestar vinculando salud y condiciones socioeconómicas, siendo considerado un enfoque innovador para la época (Salamé y Quiroz, 2015; Parada-Ulloa et al., 2020).

El acta, titulada «La futura Escuela de Servicio Social de la Junta de Beneficencia de Santiago», ya detallaba el presupuesto, la duración bienal de los estudios y la contratación de la enfermera belga Jenny Bernier como primera directora (Revista de Beneficencia Pública, 1924, en Salamé y Quiroz, 2015, p.406). Posteriormente, el Reglamento del Servicio Social en los Hospitales de Santiago incorporó las «encuestas sociales» como obligación reglamentaria (Revista Servicio Social, 1927, en González Moya, 2017, p.350).

y el Reglamento Interno de la Escuela Dr. Alejandro del Río elevó esos principios al rango universitario (Consejo de Salud, 1957, en González Moya, 2017, p.352). En conjunto, estas fuentes confirman que la impronta sanitaria y la tutela médica no fueron un efecto colateral, sino un diseño institucional «a fin de formar visitadoras capaces de asegurar la continuidad del tratamiento médico en el hogar» (Congreso de Beneficencia Pública, 1922, en González Moya, 2017, pp. 347–348).

El impulso por «tecnificar la caridad» antecede la apertura de la escuela de 1925: ya en 1921 el Dr. Alejandro del Río proponía, en su proyecto de bases para los reglamentos internos de los hospitales de la Junta de Beneficencia, crear un Departamento General de Acción Social integrado por una «mujer de especiales condiciones de carácter e inteligencia» para «seguir al enfermo más allá del recinto hospitalario» (Junta de Beneficencia, 1921, en Salamé y Quiroz, 2015, p.403).

A diferencia del pluralismo pragmático de las escuelas estadounidenses, el modelo belga se apoyó en una formación técnica y jerárquica, intermediarias de un saber experto (médico, higienista) frente a las personas usuarias, especialmente mujeres, infancias y comunidades vulnerables (Salamé y Quiroz, 2015; González Moya, 2017). Aunque este enfoque pudo limitar espacios de diálogo horizontal, ofrecía a las visitadoras herramientas claras para educar sobre prevención, alineadas con los estándares médicos de la época. Bajo esta estructura, las profesionales recibían una sólida base en normas higiénicas, valores familiares y prácticas de disciplina laboral, que les permitió intervenir con autoridad en contextos de alta necesidad, aunque a costa de una marcada asimetría en la relación con las personas (González Moya, 2017).

No obstante, sería un error ver este rol como meramente pasivo o reproductor. Dentro de la rígida institucionalidad higienista surgieron importantes espacios reflexivos; un número significativo de visitadoras sociales utilizó su posición para documentar condiciones de vida extremas y denunciar brotes epidémicos en conventillos, presentando informes en comités sanitarios que alimentaron demandas vecinales por mejoras habitacionales (Parada-Ulloa et al., 2020; González Moya, 2017). A esto se suma que, paralelamente, la circulación de manuales de *casework* de Mary Richmond y las misiones de capacitación inspiradas en ese modelo evidencian un temprano interés por enfoques centrados en la persona y menos normativos (Richmond, 1917; Carlton-LaNey, 2013). No fue por tanto una etapa de pasividad crítica, sino un proceso en tensión, donde convivían la disciplina higienista estatal, las primeras aspiraciones de transformación social y la influencia de otros modelos profesionales.

Modelos fundacionales en contraste: Chile y Estados Unidos

El rápido éxodo del campo a la ciudad, estimulado en Estados Unidos por la industrialización y en Chile por la explotación del salitre, dio lugar a un crecimiento urbano desordenado y al colapso de los servicios sanitarios. En Estados Unidos, la expansión de la minería del carbón y de la industria manufacturera durante los años veinte atrajo a millones de trabajadores/as a ciudades como Pittsburgh y Chicago, donde el hacinamiento, el cólera y la tuberculosis se propagaron con facilidad (Jansson, 2019; Popple, 2018). De manera análoga, en Chile, la bonanza salitrera concentró a obreros en puertos y zonas aledañas, generando brotes de fiebre amarilla y disentería en Valparaíso y Antofagasta, ante la insuficiente cobertura de infraestructura sanitaria (Parada-Ulloa et al., 2020). En ambos países, estas condiciones extremas estimularon la necesidad de profesionales dedicados/as a la prevención y al acompañamiento de familias vulnerables.

La riqueza proveniente del carbón en Estados Unidos y el salitre en Chile tuvo impactos opuestos en el desarrollo de la profesión. Bajo la presidencia de Calvin Coolidge (1923–1929), el Estado federal favoreció un modelo de *laissez-faire* que delegó gran parte de la asistencia social en agencias locales y entidades filantrópicas, favoreciendo un Trabajo Social más autónomo. El poder económico de fundaciones como Russell Sage y Carnegie, nutrido por los excedentes de la minería y la industria, permitió en Estados Unidos un apoyo filantrópico sólido a las escuelas de Trabajo Social, consolidando la infraestructura académica de la educación profesional (Popple, 2018). La Association of Training Schools for Professional Social Work (1919) –renombrada AASSW en 1927– consolidó dieciocho escuelas fundadoras y, para 1928, Walker identificó treinta y cinco instituciones en Estados Unidos y Canadá (Brown, 1942; Walker, 1928, en Brown, 1942). La profesionalización del Trabajo Social se sustentó en un modelo plural que combinó el diagnóstico individual de las Charity Organization Societies con la acción comunitaria de las Settlement Houses, dando lugar a un campo de intervención dinámica y permeable a las luchas obreras, feministas y de derechos raciales (Carlton-LaNey, 2013; Wright et al., 2021).

En contraste, aunque la bonanza salitrera generó enormes réditos para empresas británicas y para el Estado chileno, la casi totalidad de esos recursos fue repatriada o administrada centralmente, manteniendo a la Escuela de Servicio Social dependiente del presupuesto público y de la Junta de Beneficencia, sin espacio real para un mecenazgo secular local (Salamé y Quiroz, 2015). La crisis del parlamentarismo de 1923 y el retorno de Arturo Alessandri al poder consolidaron un Estado interventor que dio lugar a la dependencia del emergente Trabajo Social de las políticas públicas sanitarias de la época, subordinando el saber social a agendas estatales y confesionales (González Moya, 2017; Pereyra, 2008). La primera y única escuela de 1925 se mantuvo ligada a la Junta de



Beneficencia hasta convertirse en carrera universitaria tras la Reforma de 1931, sin llegar a generarse una masiva proliferación de programas que caracterizó al norte (Salamé y Quiroz, 2015; González Moya, 2017).

La elección del modelo belga obedeció a las jerarquías globales del conocimiento, donde el saber europeo se percibía como más legítimo para las élites, subordinando tanto las experiencias estadounidenses como los saberes locales durante el proceso fundacional de la profesión. No obstante, esta dicotomía inicial no cuenta la historia completa. El concepto de hibridismo cultural permite comprender que, a medida que el Trabajo Social en América Latina se fue asentando, pasó a ser mucho más que un simple trasplante de modelos foráneos y, más bien, se caracterizó como un proceso de apropiación selectiva y resignificación de influencias externas (García Canclini, 1990).

Desde las primeras décadas del siglo XX se entrecruzaron elementos de la tradición europea con aportes estadounidenses. Sin embargo, estos fueron reelaborados en contextos atravesados por dependencias coloniales, Estados en consolidación institucional y tradiciones comunitarias propias (Iamamoto, 1998; Netto, 2011). En décadas posteriores, la Guerra Fría y los regímenes autoritarios condicionaron el ejercicio profesional, otorgándole un carácter político-ideológico que excedía la mera traslación de técnicas.

En consecuencia, el Trabajo Social latinoamericano se configuró como un campo híbrido y singular, en tensión con los centros metropolitanos y orientado hacia un proyecto político-profesional autónomo. Al día de hoy estas herencias siguen generando debates sobre el quehacer y la identidad profesional.

Conclusiones

La trayectoria comparada del Trabajo Social en Chile y Estados Unidos hasta 1925 revela que los orígenes de esta profesión no responden a un único modelo universal, sino que son profundamente contextuales. Estas diferencias estructurales se reflejaron en los modelos formativos, en las relaciones con otras disciplinas, en el rol asignado a las trabajadoras sociales y en la posibilidad –o restricción– de ejercer un rol transformador desde la profesión. De este modo, la matriz fundacional predominantemente técnico-sanitaria y de control social en Chile sentó bases para una trayectoria donde el compromiso político explícito de la profesión enfrentó mayores resistencias para consolidarse hegemónicamente, en contraste con ciertas tradiciones más vinculadas a la reforma social y a la interpelación política que, pese a sus propias contradicciones, encontraron un cauce más temprano en el diversificado escenario estadounidense. No obstante,



ambos modelos compartieron una respuesta común a las nuevas problemáticas sociales del siglo XX: la necesidad de institucionalizar prácticas de ayuda y asistencia con base científica, éticamente fundamentadas y adaptadas a los desafíos de la modernidad.

Comprender estas diferencias históricas es clave para desnaturalizar nuestras propias formas de intervención y revisar críticamente las herencias formativas. En su estudio, Drake y Hodge (2022, p.363) sitúan la profesión del Trabajo Social en un «punto de inflexión» entre dos grandes tradiciones epistemológicas. Por un lado, la «autopista empírica» (*empirical highway*) defiende un enfoque positivista basado en la generación de evidencia cuantificable y la evaluación científica de las intervenciones; por otro, la «rampa crítica/postmoderna» (*postmodern/critical off-ramp*) promueve teorías críticas, la reflexividad y el cuestionamiento de las estructuras de poder.

Este recorrido por ambos modelos invita a plantear como hipótesis que las raíces pragmático-científicas de la formación anglosajona podrían explicar su afinidad con la «autopista empírica», mientras la experiencia latinoamericana decolonial, surgida tras la fase de reconceptualización, nutriría la «rampa crítica/postmoderna» (Drake y Hodge, 2022). No obstante, es crucial reconocer que ambas corrientes coexisten e interactúan en cada contexto –variando únicamente su énfasis e influencia– y que, como muestran Saavedra (2010), Mignolo (2011) y Hermida y Meschini (2020), el desafío fundamental reside en la capacidad de integrar creativamente la rigurosidad empírica con un compromiso emancipador ineludible. Reconocer estas genealogías diferenciadas, con sus respectivas fortalezas y tensiones, no solo fortalece un diálogo Norte-Sur más simétrico y mutuamente enriquecedor, sino que también es indispensable para la construcción de un Trabajo Social global que sea verdaderamente reflexivo, situado y ético-político.

Al cumplirse cien años del Trabajo Social en América Latina y más de ciento veinte en Estados Unidos, se abre una oportunidad histórica para tejer puentes entre nuestras tradiciones profesionales, reconociendo que el Trabajo Social de las Américas (Sur-Norte) es distinto, pero también profundamente conectado. En este aniversario compartido, el llamado no es solo a mirar hacia el pasado y entendernos desde ahí, sino que además abre la posibilidad de construir en conjunto un futuro más justo, articulado desde una teoría crítica del Trabajo Social que no tema interpelar al poder ni a las propias instituciones que nos formaron. Tal como señalan la crítica al profesionalismo imperial (Muñoz Arce, 2015) y las corrientes decoloniales del Trabajo Social latinoamericano (Hermida y Meschini, 2020), el futuro de la profesión requiere de una práctica política consciente, situada y comprometida con los sectores históricamente excluidos, y para eso nos necesitamos unidos y colaborando activamente.



Esto solo será posible si nuestras escuelas de Trabajo Social asumen un rol activo como espacios de formación ética, investigación crítica y articulación con los movimientos sociales. Asimismo, las asociaciones profesionales tienen la responsabilidad de promover un diálogo transnacional que supere la fragmentación, fomente la circulación de saberes contextualizados y fortalezca redes de trabajo y aprendizaje Sur-Sur y Norte-Sur. A cien años de historia institucionalizada en nuestra región, este es el momento para afirmar que el Trabajo Social no puede limitarse a gestionar los síntomas de la desigualdad: debe contribuir a dismantelar sus causas. Y este desafío, por su magnitud y complejidad, no puede enfrentarse aisladamente. Desde las escuelas, desde las organizaciones profesionales y desde un profundo compromiso colectivo, es tiempo de pensar en conjunto un Trabajo Social continental y global.



Referencias bibliográficas

- Addams, J. (1910). *Twenty years at Hull-House: With autobiographical notes*. Macmillan. <https://archive.org/details/twentyyearsathul00inadd>
- Bastías Saavedra, M. (2015). Una nueva generación de estadistas: Derecho, universidad y la cuestión social en Chile, 1860–1925. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (29), 33–47. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2015.n29-02>
- Biblioteca Nacional de Chile. (s.f.). La federación de estudiantes de la Universidad de Chile (1906–1984). Memoria Chilena. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-547182.html>
- Brandt, L. (1907). *The Charity Organization Society of the City of New York, 1882-1907: Twenty-fifth annual report for the year ending September 30, 1907*. Charity Organization Society of the City of New York. <https://archive.org/details/charityorganizat00charrich>
- Brown, E. L. (1942). *Social work as a profession*. Russell Sage Foundation. <https://www.russellsage.org/sites/default/files/Social-Work-Profession.pdf>
- Cabral, M. S. R. (2017). A primeira escola de serviço social no cenário educacional brasileiro na contemporaneidade: Breves notas. *Serviço Social & Sociedade*, 5(1), 173–177. <https://www.scielo.br/j/ssoc/a/sPD47d3jBL8BLG6KZgcp7K/?lang=pt&format=pdf>
- Carlton-LaNey, I. (1994). Introduction - The legacy of African-American leadership in social welfare. *The Journal of Sociology & Social Welfare*, 21(1), 5–11. <https://doi.org/10.15453/0191-5096.2104>
- Carlton-LaNey, I. (2013). Social policy: History (1900–1950). *Oxford Research Encyclopedia of Social Work*. <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199975839.013.609>
- Conejeros Maldonado, J. P. (1999). *La influencia cultural francesa en la educación chilena, 1840–1880*. Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez. <https://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0056469.pdf>
- Drake, B. y Hodge, D. R. (2022). Social work at the crossroads: The empirical highway or the postmodern/critical off-ramp? *Research on Social Work Practice*, 32(4), 363–373. <https://doi.org/10.1177/10497315221077450>
- Esquivel Corella, F. (2013). Servicio social francés: Su impronta en la génesis del trabajo social de América del Sur. *Interacción y Perspectiva*, 3(2), 135–147. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/interaccion/article/view/508>



- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- González Moya, M. (2017). Asistentes sociales y salud pública en Chile: Identidad profesional y lucha gremial, 1925–1973. *Dynamis*, 37(2), 345–365. http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-95362017000200005&lng=es&tlng=es
- Hermida, M. E. y Meschini, P. (Eds.). (2020). *Trabajo social y descolonialidad: Indisciplinar las miradas, los territorios, las prácticas y los saberes para construir otros mundos posibles*. EUEM. https://eudem.mdp.edu.ar/admin/img/ebook/TRABAJO_SOCIAL_Y_DESCOLONIALIDAD_digital.pdf
- Iamamoto, M. V. (1998). *O serviço social na contemporaneidade: Trabalho e formação profissional* (3ª ed.). Cortez.
- Jansson, B. S. (2019). *The reluctant welfare state: Engaging history to advance social work practice in contemporary society* (8th ed.). Cengage.
- Mignolo, W. D. (2011). Geopolitics of sensing and knowing: On (de)coloniality, border thinking and epistemic disobedience. *Postcolonial Studies*, 14(3), 273–283. <https://doi.org/10.1080/13688790.2011.613105>
- Muñoz Arce, G. (2015). Imperialismo profesional y trabajo social en América Latina. *Polis*, 14(40), 421–438. <https://doi.org/10.4067/S0718-65682015000100020>
- Netto, J. P. (2011). *Ditadura e serviço social: Uma análise do serviço social no Brasil pós-64* (4ª ed.). Cortez.
- Nye, J. S., Jr. (1990). *Bound to lead: The changing nature of American power*. Basic Books.
- Parada-Ulloa, M., Vásquez-Burgos, K., Villasana-López, P., Meza-Pramps, A., Gallegos Ruiz-Conejo, A. L., Catalán-Cueto, J. P., Garrido-Osses, S. y Abello-Romero, J. B. (2020). Viviendo entre miasmas: En torno a la cuestión social, Chile de 1880 a 1920. *Medwave*, 20(4), e7896. <https://doi.org/10.5867/medwave.2020.04.7896>
- Pereyra, B. (2008). Social work in Latin America: A historical view and the impact of reconceptualization in how the intervention is seen today (Working Paper Series No. 2008:4). School of Social Work, Lund University. <https://portal.research.lu.se/en/publications/social-work-in-latin-america-a-historical-view-and-the-impact-of->



- Poppo, P. R. (2018). *Social work practice and social welfare policy in the United States: A history*. Oxford University Press.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 778-831). CLACSO.
- Reisch, M. y Andrews, J. (2002). *The road not taken: A history of radical social work in the United States*. Brunner-Routledge.
- Richmond, M. E. (1917). *Social diagnosis*. Russell Sage Foundation. <https://archive.org/details/socialdiagnosis00rich>
- Romero Sá, M. y Viana, L. M. (2010). La science médicale entre la France et el Brésil: Stratégies d'échange scientifique dans l'entre-deux-guerres. *Cahiers des Amériques latines*, (65), 123–143. <https://doi.org/10.4000/cal.665>
- Saavedra, J. (2010). *Configuración discursiva en la intervención social fundada, situada y reflexiva* [Manuscrito no publicado]. Escuela de Trabajo Social, Universidad del Bío-Bío. <https://www.researchgate.net/publication/320082998>
- Salamé, A. M. y Quiroz, M. (Eds.). (2015). *A 90 años de la creación de la primera escuela de trabajo social de Chile y de Latinoamérica*. Editorial UTEM. <https://editorial.utm.cl/wp-content/uploads/sites/3/2016/10/libro-90-trabajo-social-chile-latinoamerica-utm.pdf>
- Gibson, C. (1998). Population of the 100 largest urban places: 1790 to 1990 (Working Paper No. POP-WP027). U.S. Bureau of the Census. <https://www.census.gov/library/working-papers/1998/demo/POP-twps0027.html>
- U.S. Department of State, Office of the Historian. (s.f.). *Office of the Coordinator of Inter-American Affairs*. <https://history.state.gov/milestones/all>
- Wright, K. C., Carr, K. A. y Akin, B. A. (2021). The whitewashing of social work history: How dismantling racism in social work education begins with an equitable history of the profession. *Advances in Social Work*, 21(2/3), 274–297. <https://doi.org/10.18060/23946>
- Zélis, G. (2004). *Travail social en mutation: Repères historiques. Statut professionnel du travail social et secret professionnel dans le travail social. Apports de l'histoire*. [Manuscrito no publicado]. Taller de formación, FCSS/Comité de vigilance en travail social, Namur.



Biografía de la autora

Estefanía C. Palacios-Pizarro es trabajadora social de la Pontificia Universidad Católica de Chile y magíster en Trabajo Social y Familia de la misma institución. Actualmente, cursa segundo año del programa de Doctorado en Trabajo Social de la School of Social Work de Boston College, Estados Unidos.

Correo electrónico: pizarroe@bc.edu

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-3496-6925>

